

Las ciencias sociales y la movilización popular en los años kirchneristas

Social Sciences and the popular mobilization during Kirchner governments

<http://id.caicyt.gov.ar/ark:/s23141174/p6k0wq595>

Martín Armelino¹

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas -
Universidad Nacional de General Sarmiento -Argentina.

Resumen

Este trabajo contribuye a la elaboración de un estado del arte sobre la movilización popular durante los gobiernos kirchneristas (2003-2015) a partir de algunos de los debates teórico-conceptuales suscitados al respecto. El texto explora un interrogante que está presente en la literatura especializada respecto de si estos gobiernos reforzaron o desarticularon la movilización popular impulsada por la crisis de 2001. Para ello, primero, indaga en las principales categorías con que la literatura analizó estos procesos de movilización social y política; luego, propone caracterizar en dos enfoques los modos más rendidores para estudiar la movilización popular en la Argentina del nuevo siglo: el *pragmatismo institucionalista* y el *autonomismo sistémico*.

Palabras clave:

ARGENTINA; KIRCHNERISMO; MOVILIZACION POLITICA; MOVILIZACION SOCIAL; ENFOQUES TEORICO-METODOLOGICOS

Abstract

This paper studies the theoretical-conceptual debates about popular mobilization during the Kirchnerist governments (2003-2015) and proposes an analytical review. We explore an important issue in specialized literature: whether these governments have reinforced or disarticulate the 2001 crisis-driven popular mobilization. First, we examine the main categories literature used to study these processes of social and political mobilization. Then, we present what we consider the most productive approaches to study popular mobilization in Argentina in the new century: *institutional pragmatism* and *systemic autonomism*.

Keywords:

ARGENTINE; KIRCHNERISMO; POLITICAL MOBILIZATION; SOCIAL MOBILIZATION; THEORETICAL AND METHODOLOGICAL APPROACHES

¹ Correo electrónico: marmelino@campus.ungs.edu.ar

*Las ciencias sociales y la movilización popular en los años
kirchneristas* Martín Armelino

Fecha de recepción: 21 de agosto de 2020

Fecha de aprobación: 30 de noviembre de 2020

Las ciencias sociales y la movilización popular en los años kirchneristas²

Introducción

Los años kirchneristas quedaron marcados, entre otras señales, por el despliegue de una vasta y diversa movilización popular. Acaso por su impronta populista, y por las consecuencias que a favor y en contra cosechó, los gobiernos de Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011/2011-2015) alentaron esa movilización desde arriba. Esto ocurrió a dos tiempos: en el primero, para contener la conflictividad social protagonizada desde la crisis de 2001-2002 por las clases medias y populares contra el Estado, en general, y el sistema representativo en particular; en el segundo, para reorientar y dirigir su desenvolvimiento tras haber recuperado el orden institucional y el crecimiento económico sostenido. Aunque hubo una movilización desde abajo que procuró instalar otros frentes de conflicto y contribuyó a complejizar el escenario, el ímpetu nacional-popular de le imprimieron estos gobiernos caracterizó el período y las formas que asumió paulatinamente la movilización social y la movilización política.

La movilización social se caracteriza por impulsar demandas orientadas a la distribución, al acceso de bienes, a la protección de derechos, es decir, demandas dirigidas al Estado que no alteran la estructura (reglas y recursos) de relaciones entre sociedad y régimen político. La movilización política, en cambio, está asociada a los problemas de representación y/o participación que le plantean al régimen político los grupos movilizados en su propósito de alterar las estructuras (reglas y recursos) de la relación entre sociedad y régimen político (Germani, 2003; Pérez, 2007). Es decir, la movilización política refiere al cambio de estructuras producido por la acción contenciosa de grupos que presionan al Estado para alterar las formas de representación y participación popular vigentes. La movilización política en la Argentina post 2001, aturdida por la manifestación dramática de la descomposición de la sociedad salarial y sus efectos en los actores colectivos que aquella sociedad había institucionalizado en otro tiempo, siguió estando ligada a los actores clásicos (sindicatos) e innovadores

² Agradezco los comentarios de Eduardo Rinesi, Francisco Longa, Gabriel Vommaro, Leonardo Eiff y Victoria Ortiz de Rozas a versiones anteriores del texto. En particular, quiero agradecer la generosa recepción de Maristella Svampa y Germán J. Pérez a este trabajo.

(piqueteros) del mundo del trabajo, entre otras razones, porque ellos constituyeron las bases de apoyo social de estos gobiernos.

Luego surgirían otras demandas y actores, como la cuestión ambiental y el giro eco-territorial (Delamata, 2009; 2013; Svampa, 2008; Svampa y Viale 2014), o la cuestión de género (Di Marco, 2011; Annunziata y Gold, 2015), que renovaron la agenda de la acción contenciosa de reclamos al Estado. Pero el eje de la movilización kirchnerista estuvo asociado a la reformulación del mundo del trabajo y al sostenimiento de las instituciones de la sociedad salarial. Dicho de otro modo: contener a los trabajadores formales y reincorporar a los informales. Así, sindicatos y movimientos sociales (principalmente, las organizaciones de desocupados que configuraron el universo piquetero) fueron parte constitutiva de la coalición gobernante casi desde el comienzo de la gestión de Kirchner y los aspectos salientes de su movilización quedó asociada a los términos y al ritmo de la política pública (social y laboral) implementada por estos gobiernos para preservar las instituciones que signaron en el país el proceso de movilización política más importante del siglo XX.

¿Qué tratamiento les dieron las ciencias sociales a estos desarrollos durante los años kirchneristas? Fue predominante en los estudios de la movilización social argentina de entonces la influencia de la literatura anglosajona sobre movimientos sociales. La obra compilada por Doug McAdam, John McCarthy y Mayer Zald en 1999 (y traducida al español en 2001), que sintetizó los principales debates teórico-metodológicos producidos alrededor de la movilización social en el mundo desde fines de los años 70, fue una suerte de hoja de ruta para innumerables investigaciones que se adueñaron de categorías como “estructura de oportunidades políticas”, “estructuras de movilización de recursos”, “procesos enmarcadores” o “repertorios de acción colectiva”. A través de ellas, analizaron el surgimiento y la consolidación de actores colectivos, su relación con los gobiernos y el Estado, sus marcas ideológicas e identitarias, sus formas de expresión y de reclamo. Esas categorías constituyeron una verdadera caja de herramientas para trazar el nuevo mapa de la movilización de esos años, ilustrada muy bien por el análisis de Auyero (2002) sobre el cambio de repertorio de la acción colectiva en la Argentina de fines de siglo.

Pero si habían resultado rendidoras para comprender la irrupción piquetera como controversia en el mundo del trabajo, o el formato asamblea como repertorio clave de la impugnación al sistema representativo colapsado en 2001, poco ofrecían para entender el afianzamiento de los gobiernos kirchneristas como activadores de la movilización política. Su impronta movimentista llevó a varios investigadores a recuperar las herramientas de análisis de la sociología

política, que al menos en América Latina porta la insignia de haber fundado el estudio científico de la sociedad y la política para explicar, precisamente, los procesos de movilización política populista ocurridos a mediados del siglo XX en la región. De las varias recuperaciones de este enfoque para estudiar la Argentina reciente (con aires de familia, incluso, en otras experiencias de la región), hay dos que resultan insoslayables en el estudio específico de esta temática, dada su originalidad para escudriñarla. Una de ellas, que llamaré *pragmatismo institucionalista*, interroga sobre las condiciones y posibilidades de la institucionalización de la movilización en un contexto caracterizado por la fragmentación del mundo popular. Asimismo, indaga en las vicisitudes de la integración política de los actores colectivos ligados al mundo del trabajo y en las distintas formas de la relación entre dichos actores y régimen político (integración, asimilación, subordinación, cooptación). La otra, que denominaré *autonomismo sistémico*, proyecta las posibilidades y condicionamientos de una movilización de nuevo tipo en el marco de un nuevo modelo de desarrollo: el extractivo-exportador. Esta perspectiva analiza a los movimientos sociales que resaltan el costado autonomista del vínculo con el régimen político y que, en paralelo a la consolidación del kirchnerismo, dejaron de habitar en el universo del trabajo para alojarse en los nuevos desafíos impuestos por el modelo extractivo-exportador.

Este trabajo se propone contribuir a la elaboración de un estado del arte sobre la movilización popular en los años de gobierno kirchneristas a partir de algunos de los debates teórico-conceptuales suscitados al respecto. El texto tratará de despejar un interrogante que ha acompañado la profusa bibliografía sobre el tema respecto de si los gobiernos kirchneristas reforzaron o desarticulaban la movilización popular impulsada por la crisis de 2001. Para ello, se propone, primero, indagar en la literatura específica las principales categorías con que trazó el mapa temático y conceptual para abordar estos procesos de movilización social y política; luego, plantea como propuesta para el debate caracterizar en dos enfoques los modos más rendidores para estudiar la movilización popular en la Argentina del nuevo siglo: el *pragmatismo institucionalista* y el *autonomismo sistémico*.

1. Algunos debates en torno a la movilización

Un tópico excluyente de los debates afines al proceso de movilización post-2001 fue el de los vínculos entre los gobiernos kirchneristas y los grupos más movilizados (sindicatos y organizaciones piqueteras). Esos grupos constituyeron las bases sociales de apoyo de estos gobiernos y su posicionamiento frente a las iniciativas en política

social y laboral fue clave para viabilizar y sostener en el tiempo la reestructuración del mundo del trabajo tras la crisis. Sus posicionamientos variaron a través de los años y plantearon tensiones entre los procesos de movilización social y de movilización política. Aquellos debates giraron alrededor de estos conceptos y de sus usos para comprender y explicar los rápidos cambios ocurridos en esos primeros lustros del nuevo siglo.

Ocurre que entre las administraciones de Kirchner y de Fernández de Kirchner se articulan los dos momentos que caracterizan la relación entre actores movilizados y gobierno. El primero es de carácter *movimentista* y abarca desde el apogeo de la movilización popular de 2001-2002 hasta la finalización del gobierno de Kirchner, en 2007. En ese período se observa, en paralelo y desde el vértice del Estado, el intento por contener la movilización de una variedad de actores colectivos que reclaman, básicamente, soluciones a los problemas provocados por la crisis socioeconómica, y la construcción del liderazgo de Kirchner, apoyado precisamente sobre los pilares de esa sociedad movilizada. El segundo momento, en cambio, es de carácter *populista* y abarca los dos gobiernos de Cristina Fernández de Kirchner. Aunque podrían señalarse distintas fases dentro de este momento, para los fines de este trabajo basta considerarlas como propias de una impronta populista desenvuelta alrededor del vínculo entre actores movilizados y kirchnerismo, liderado por Cristina tras la muerte de Néstor, en 2010. Lo característico de este segundo momento es la fisonomía que adquiere el vínculo entre Estado y actores movilizados, el modo en que el gobierno los interpela y dirige la dinámica de la movilización popular. Los apoyos brindados por sindicatos, organizaciones piqueteras devenidas sociales, y sobre todo por La Cámpora, que nace del seno mismo del Estado y se proyecta en el territorio para articular el liderazgo de las organizaciones sociales entre los sectores populares, permiten cifrar el perfil y el alcance de la movilización social y política bajo ese paraguas ideológico-político.

Dentro de este cuadro, entonces, los debates giraron sobre las posiciones de autonomía y confrontación, o heteronomía e integración, de las organizaciones piqueteras y sindicales frente a los gobiernos kirchneristas. Como veremos, volver la atención hacia estas categorías reenvió la discusión a las fuentes de la sociología política argentina³ y reactualizo, a su modo, algunos de los pilares de la cultura política

³ Pensemos en los estudios pioneros de Germani y Torcuato Di Tella y el debate suscitado en torno a los orígenes del peronismo con las respuestas críticas de Miguel Murmis y Juan C. Portantiero, o la propuesta de síntesis de Juan Carlos Torre.

argentina contemporánea, que en los '80 se desplazó hacia las cuestiones de la democracia y la democratización, y en los '90 hacia las tensiones entre Estado y sociedad por la implementación de reformas estructurales en democracia.

Estos debates se ocuparon en principio del surgimiento y consolidación del universo piquetero como figura sociopolítica insoslayable desde la crisis de 2001-2002 en adelante para cualquier análisis de las relaciones entre actores sociales y régimen político. Las reflexiones de Maristella Svampa sobre este período y las derivas de aquel *ethos militante* –como lo ha llamado– que emergió en 2001 son ineludibles. Svampa ha explorado el desenlace de los grupos movilizados en 2001, que condicionaron en esos “tiempos extraordinarios” la intervención de los actores tradicionales del régimen político (partidos y corporaciones) y abrieron la posibilidad de una alternativa política para procesar el malestar y las demandas de una sociedad muy movilizada en busca de nuevos lazos solidarios (Svampa, 2005: 264). Responder a la pregunta por las derivas de aquel *ethos militante* que apeló a la autonomía, cuestionó al capitalismo y a la represión estatal, y aspiró a la democratización de las relaciones sociales mediante formas antiburocráticas de organización, la llevó a averiguar (una vez más) por las mutaciones de la identidad peronista y sus vínculos con las clases populares en los últimos treinta años⁴. Adelantemos su conclusión, evocada ya entre 2005 y 2006: el kirchnerismo clausuró el ciclo piquetero y lo reconvirtió, mediante el proceso de movilización política que estamos analizando, en una multiplicidad de grupos que canalizarían sus demandas sectoriales afluyendo a una organización popular dirigida desde arriba. Me refiero, concretamente, al modo en que una organización piquetera como el Movimiento Evita, a otras organizaciones y movimientos sociales que dieron forma a la Confederación de los Trabajadores de la Economía Popular (CTEP), y a otras agrupaciones inscriptas luego en ese paraguas organizativo encabezado por La Cámpora, denominado Unidos y Organizados.⁵

En su ineludible escrito, junto a Sebastián Pereyra, sobre los orígenes y expansión del movimiento piquetero hasta inicios de 2003 (sobre el final del gobierno de Duhalde), se señalaba ya la profundización de las experiencias de autogestión como principal vía

⁴ Vale recordar al respecto que la socióloga inició estos estudios a fines de los noventa, con la publicación junto a Danilo Martuccelli de *La plaza vacía* (1997), siguió con “Identidades astilladas...” (2000), y *Entre la ruta y el barrio*, en coautoría con Sebastián Pereyra (2003).

⁵ Sobre estas organizaciones, ver Longa (2019), Natalucci (2012a), Muñoz y Villar (2017), Rocca Rivarola (2015).

de repotenciación de unas organizaciones amenazadas por la represión estatal y la fragmentación interna (Svampa y Pereyra, 2003: 200). Sin embargo, aquella vía había quedado cerrada con el gobierno de Kirchner al abrir un “(...) abanico de estrategias disponibles para integrar, cooptar, disciplinar y/o aislar al conjunto del movimiento piquetero (...)” (Svampa, 2005: 256-7). Este realineamiento habilitó, de un lado, la integración de las organizaciones afines a la tradición nacional-popular del peronismo a la propuesta oficial de asimilación del reclamo de los desocupados como estrategia de acumulación del poder y legitimación del kirchnerismo y, del otro, la oposición de las corrientes trotskistas de la izquierda partidaria y de las corrientes autónomas⁶. Para la autora, la desmovilización y fortalecimiento en el trabajo barrial de las primeras a expensas de la obtención de recursos y de la incorporación de varios de sus dirigentes a la gestión de la política social alteraron las posibilidades del fortalecimiento autogestivo de estos grupos, mientras que la movilización sostenida de las segundas y terceras precipitó la estrategia oficial de control y deslegitimación a través de la estigmatización y criminalización de sus protestas, tensando aún más las divisiones al interior del arco piquetero. Allí comienza la clausura de la gramática piquetera “como sujeto ‘positivo’” (Svampa, 2015: 428), que será más visible aún en los años siguientes con el resurgimiento sindical como expresión de un mercado laboral en recuperación y con la expansión de la política social como herramienta de inclusión y recolectivización desde el Estado. Los integrados abandonan el piquete como metodología de lucha, el reclamo de asistencia social y trabajo, y su identidad de lucha para pasar a llamarse “organizaciones sociales” y participar en la co-gestión de la política social en los tres niveles del Estado. Los opositores incrementan la confrontación y su acción queda asociada a dos estereotipos negativos. El piquetero aparecerá, de un lado, como un personaje violento cuya acción aparece despojada del conjunto de derechos que la impulsan, reducida a una conducta ilegal que obstruye otros derechos, y circunscrita al escenario de la movilización sin conexión con el trabajo territorial. Y aparecerá, del otro, como la expresión de lo plebeyo en el centro de la escena política, actualizando imágenes descalificadoras hacia las clases populares y sus organizaciones sociales como las del “aluvión zoológico” y las “clases peligrosas” (Svampa 2004, 2005, 2008).

⁶ Importa subrayar que esta división no era novedosa dentro del universo piquetero pues ya durante las asambleas piqueteras nacionales de 2001 y 2002 se habían dividido aguas entre agrupaciones dispuestas a negociar recursos con el Estado y agrupaciones no dispuestas a aceptar otra respuesta que no fuera la del trabajo autogestionado (Svampa y Pereyra, 2003).

Las últimas reflexiones de la autora sobre la experiencia piquetera son, en ese sentido, contundentes.

Hay que destacar que la instalación del consenso antipiquetero apuntó a distorsionar y a borrar la importancia política de la experiencia piquetera, esto es, a denegar los logros –identitarios, políticos y organizacionales– de dichos movimientos. El quiebre de la narrativa piquetera, como sujeto ‘positivo’, su asociación con el ‘clientelismo de izquierda o gubernamental’ y el ‘asistencialismo’ fueron elementos fundamentales en esta operación de denegación de los piqueteros como actor político pleno. Ni los puentes que crearon las nuevas generaciones militantes, provenientes de los sectores medios, ni tampoco la institucionalización de las ‘organizaciones sociales’, devenidas oficialistas, fueron suficientes para impedir su visualización como actor político espurio y dependiente, o para realizar el borramiento de las marcas de la otredad, presentes bajo la figura del aluvión plebeyo (Svampa, 2015: 428).

No obstante su complementariedad, otra línea de estudios colocó el foco en las vicisitudes y desafíos que afrontaron estas organizaciones ante los gobiernos kirchneristas. Acaso este planteo haya quedado claro en la introducción del volumen compilado por Pereyra, Pérez y Schuster (2008: 16), quienes sostuvieron: “(...) El kirchnerismo significó el desafío de redefinir los antagonismos en un contexto de reflujo de la movilización, por un lado, y de apertura de la negociación vía integración al aparato del estado, por el otro”. La referencia alude a los años del gobierno de Néstor Kirchner, que es el período abarcado por la obra, pero su planteo se proyecta sobre la continuidad de Cristina Fernández de Kirchner. Los trabajos reunidos en ese volumen se abocaron a estudiar las transformaciones que provoca la acción contenciosa sobre la regulación de las formas de participación, las modalidades de representación y los procesos de legitimación del orden y la autoridad políticos (Pereyra, Pérez y Schuster, 2008: 17). Algunos de sus autores han profundizado luego esta línea, deteniéndose en las agrupaciones que abandonaron el perfil piquetero para convertirse en “organizaciones sociales” y adhirieron a las formas de participación en un régimen político encabezado por gobiernos de tradición nacional-popular, como los kirchneristas. La compilación a cargo de Pérez y Natalucci (2012a) abarca esta cuestión

e inspecciona el despliegue de las varias organizaciones que abrevaron en esa corriente.

Desde este ángulo, cobró especial atención la llamada institucionalización del reclamo piquetero, recuperando la tradición de la sociología política iniciada por Germani para estudiar los procesos de movilización política y su impacto en las formas de participación en el régimen político (Pérez y Natalucci, 2012b). Como ya se ha señalado, esta tradición se ha preocupado por analizar los modos en que determinados reclamos se convierten en derechos –se institucionalizan– a instancias de una movilización que presiona por modificar las prácticas del régimen político. Para estos autores, el acceso de algunas agrupaciones al gobierno de Kirchner, el despliegue de un nuevo tipo de política social gestionada desde el Estado con la integración de dichas agrupaciones y la legitimación de esa incorporación constituyen indicadores de una institucionalización, esto es, de las mediaciones entre movilización social y participación político-institucional. En consecuencia, esta perspectiva descarta la imagen de una cooptación. Considerando este foco sobre la tradición nacional-popular, Pérez (2013: 107; 114) ha sugerido que, en vez de cooptación, resulta más apropiado pensar en “la realización de una expectativa históricamente traicionada”, esto es, las organizaciones integradas al kirchenrismo han hallado un liderazgo centralizado que incluye a los principales dirigentes de las organizaciones sociales en los espacios más influyentes de toma de decisiones, un discurso oficial plebeyo que restringe el campo político al antagonismo pueblo-oligarquía recreado como pueblo democrático versus los cómplices de la dictadura y el neoliberalismo, y un imaginario sobre el Estado como instrumento del cambio social⁷.

Otros autores exploraron el tópico de la integración de las organizaciones considerando el acceso de sus dirigentes a los planteles del nuevo gobierno. Fornillo (2008) lo analizó en la organización Barrios de Pie/Libres del Sur, que fue una de las que realizaron este

⁷ En esa línea, Natalucci (2014: 161) discutió la figura de la desmovilización de las organizaciones nacional-populares y propuso asociar ese giro a “un cambio en el sentido de su actividad”: confrontativo antes de la convocatoria kirchnerista y plebiscitario después. Por su parte, Gómez (2010: 72) ha discutido la mentada cooptación a partir de una serie de ejemplos que evidencian, de un lado, la adhesión de las dirigencias y de las bases de estos movimientos a las iniciativas gubernamentales de recolectivización y, del otro, la posición política de estas organizaciones “de alto perfil y en varias ocasiones en abierta crítica, disidencia y hasta de desafío al gobierno”.

desplazamiento, en el ministerio de Desarrollo Social⁸. Perelmiter (2012, 2016) y Longa (2019) examinaron las vicisitudes del desenvolvimiento de la dirigencia piquetera en la burocracia estatal como portavoces bifrontes del Estado en los barrios y de los barrios en el Estado. Sus investigaciones muestran cómo la apuesta por la integración descubre las dificultades para establecer nuevas prácticas en la administración de recursos y para posicionarse frente a los giros tácticos del ejercicio del poder, que afectan directamente el despliegue de esas políticas públicas y los compromisos políticos con dichas organizaciones⁹.

Llegamos así al tópico de la autonomía o heteronomía de las organizaciones piqueteras. Si en un principio esta discusión seguía las caracterizaciones ideológicas ya comentadas, luego se circunscribió a los grupos identificados con los gobiernos kirchneristas. Las derivas de la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV) dentro de la CTA y del armado kirchnerista (Armellino, 2008; Pagliarone, 2012), de Barrios de Pie/Libres del Sur y del Movimiento Evita (Fornillo, 2008; Natalucci, 2008, 2012b; Cortés, 2010; Schuttenberg, 2012, Longa, 2019), e incluso la fundación de otras organizaciones en esos momentos, como la del Frente Transversal Nacional y Popular (Da Silva, 2012), interesaron a los investigadores porque, de un lado, reenviaban a una discusión fundante de la sociología política latinoamericana de mediados del siglo XX, estimulada por la formación de movimientos nacional-populares y el modo en que las organizaciones obreras con tradiciones político-ideológicas diferentes habían optado por fundirse en estos movimientos; del otro, porque mostraba en la experiencia del peronismo un telón de fondo contra el que ahora se desenvolvía un nuevo proceso de movilización política, acaso más fluido que aquel que le había dado nombre. En otros términos, las tensiones de las corrientes nacional-populares, autonomista y de la izquierda partidaria de aquellos tiempos se fundían ahora con la fragmentación política del peronismo.

⁸ Según Fornillo (2008: 187), la impronta de esta organización que buscaba potenciar su importante inscripción territorial desde el Estado era que esa escala ampliada de la política social le posibilitara disputar “la hegemonía del peronismo tradicional –‘la vieja política’– en el conurbano bonaerense”.

⁹ Desde una perspectiva diferente, centrada en la eficacia institucional para analizar la gestión de la política pública, Repetto (2013: 64-5) sostiene que no fue auspiciosa la presencia de estos movimientos sociales en este ministerio debido a las dificultades operativas y controversias organizativas que provocó la falta de competencias técnicas de la dirigencia piquetera en la implementación de distintos programas.

En este sentido, el análisis de Longa (2019) sobre el Movimiento Evita consigue sustraerse de la polarización autonomía-heteronomía para examinar la trayectoria de esta organización desde sus inicios como integrante del universo piquetero hasta convertirse en una “maquinaria de acción política”. Con los años, esta organización piquetera devenida social, puso de manifiesto su influencia dentro de las estructuras del Estado para gestionar la política social, dentro de los territorios para organizar la distribución de recursos, y dentro de la competencia electoral desde las listas del peronismo. Las marchas y contramarchas de su vínculo con los gobiernos kirchneristas bien podrían leerse como ejemplo de ese pasaje desde la autonomía a la heteronomía. Longa, en cambio, plantea que el modo en que el Evita se convirtió en actor político sin perder su condición fundante de organización muy arraigada a los barrios populares da cuenta de los vaivenes en los vínculos entre actores sociopolíticos y Estado que aquellas categorías no permiten explorar. Longa concluye, sagazmente, que si el Evita hubiera sido cooptado y sólo hubiera sido la cadena de transmisión del kirchnerismo entre los pobres, no hubiera podido estar al frente de la movilización popular durante el gobierno de Cambiemos (2015-2019).

También los sindicatos atravesaron tensiones en torno al tipo de participación política que les cupo en los años kirchneristas. Su revitalización corporativa les permitió recuperar el protagonismo perdido frente a las organizaciones piqueteras en la escena del conflicto social y en la arena política de los apoyos del incipiente kirchnerismo. Paradojas de los procesos políticos mediante, si la trayectoria de las organizaciones piqueteras devenidas sociales mostró el pasaje desde la confrontación-autonomía a la integración-heteronomía, tal como hemos visto, la de los sindicatos ha sido inversa y el lazo heterónimo típico de la experiencia nacional-popular ha adquirido algunos rasgos de autonomía. Esto se ha visto en el plano económico y estrictamente corporativo con respecto al gobierno dado que, aun rigiéndose por los parámetros de moderación salarial por compensaciones organizativas propios del intercambio político, los sindicatos promovieron en plena negociación con el gobierno y las asociaciones empresarias conflictos que objetaban las expectativas oficiales y obstaculizaban los acuerdos (Etchemendy y Collier, 2008; Etchemendy, 2013). Pero también se ha visto en el plano político y en los zigzagueos del fragmentado apoyo sindical a los gobiernos kirchneristas, sobre todo de cara a las elecciones presidenciales y legislativas de 2011. Para entonces, las expectativas del sindicalismo peronista enrolado en la CGT eran propias de un actor constituido en otro tiempo como grupo heterónimo dentro del movimiento peronista cuya participación político-electoral le

estaba garantizada porque oficiaba como agente principal de la movilización de los trabajadores. Sin embargo, y aun cuando ese sindicalismo peronista fue valioso para amortiguar el revés político de la «crisis del campo», su gravitación territorial como aparato político-electoral había sucumbido frente al de gobernadores y, en el conurbano bonaerense, de sus intendentes. Prueba de ello fue la ambición no correspondida de Hugo Moyano, jefe de los Camioneros y de la CGT unificada (2005-2012), de colocar en la fórmula presidencial del FPV a un dirigente del sindicalismo y a varios más en las listas para la contienda legislativa, y el disminuido impacto que causó en la alianza gubernamental la ruptura corporativa y política del sector sindical liderado por Moyano¹⁰.

2. Cajas de herramientas: conceptos y perspectivas

Paulatinamente, fue generándose un espacio interdisciplinario para estudiar la dinámica cambiante de los movimientos sociales y sindicatos con el Estado durante el período. Las fronteras entre sociología y ciencia política estaban bien marcadas cuando irrumpió la crisis en 2001. Para la ciencia política, la protesta se asociaba a las demandas de la ciudadanía y constituía un indicador de fortaleza democrática si se canalizaba mediante las instituciones. El desenlace de 2001 mostró que era inviable abordar el asunto desde ese ángulo. Para la sociología, la protesta respondía a la desestructuración de los soportes de la sociedad salarial y daba cuenta de su impacto en los actores colectivos (tradicionales y novedosos) ligados a esa sociedad. Arrimó posiciones con la antropología y el enfoque etnográfico despuntó como vía privilegiada de acceso a la nueva cartografía social acelerada por el incremento exponencial de la desocupación y la pobreza. Las protestas que daban cuenta de estos cambios llamaron su atención, precisamente, porque mostraban las respuestas políticas con que las clases medias empobrecidas y populares, al borde de la exclusión, desafiaban al Estado y a la dirigencia política por el giro político delegativo y neoliberal¹¹.

¹⁰ Una crónica pormenorizada de esos acontecimientos está en Anigstein (2015) y Natalucci (2017).

¹¹ Según Merklen (2005), esa respuesta puede consignarse en términos de una *politicidad* de estas clases. A través de ella se alude a la organización e intervención colectiva de los individuos para lograr el involucramiento del Estado y de distintos actores del sistema político en la resolución de sus demandas. La *politicidad* surge de la puesta en común sobre determinado problema y se configura, por un lado, sobre la base de una situación de emergencia que exige reparación y, por el otro, sobre la base de un horizonte

Como ya he señalado en la introducción, la influencia de la literatura referida a los movimientos sociales (en particular, la perspectiva anglosajona desplegada en los análisis de los procesos políticos, la teoría de movilización de recursos, los procesos enmarcadores) posibilitó abrir una agenda abundante de investigaciones volcadas al análisis de nuevos actores colectivos, demandas, repertorios de movilización. Pero dado que esa literatura ha buscado, en principio, reconocer las condiciones de surgimiento y consolidación de los movimientos sociales, es común su preocupación por la cercanía o distancia con el Estado y cuánto de ello afecta a la vida organizativa de esos movimientos. De allí que, en la Argentina postcrisis, los estudios sobre la movilización fueron estimulados por ese tipo de preguntas y soslayaron otras.

En este apartado propongo distinguir dos perspectivas principales para analizar la movilización popular en la Argentina de estos años, que se han sustraído de la literatura de los movimientos sociales, y han abrevado en otras fuentes, como las de la sociología política en América Latina, que surgió precisamente para estudiar la movilización política ocurrida durante la industrialización de la primera mitad del siglo XX. Ambas parten del reconocimiento sobre el ímpetu populista que animó la movilización en los años kirchneristas y ofrecen nuevas herramientas teórico-metodológicas para abordar estos desarrollos. Una de ellas, que llamaré *pragmatismo institucionalista*, interroga sobre las condiciones y posibilidades de la institucionalización de la movilización en un contexto caracterizado por la fragmentación del mundo popular. La otra, que denominaré *autonomismo sistémico*, proyecta las posibilidades y condicionamientos de una movilización autónoma de nuevo tipo contra el telón de fondo instaurado por el modelo de desarrollo extractivo-exportador.

2.1. El pragmatismo institucionalista

Esta perspectiva comprende los fenómenos políticos ajustándose a los sistemas de prácticas que los fundan. Sus categorías de análisis reenvían al conjunto de reglas que organizan y regulan tales prácticas; allí radica su validez heurística y aparece la idea de gramática como concepto clave. Como tal, no postula un horizonte normativo y se opone a una concepción positivista de la ciencia, con sus supuestos

de expectativas trazado por aquella emergencia. Merklen acuñó esta categoría para analizar el proceso de desafiliación social y movilización colectiva de las clases populares del conurbano bonaerense en las décadas de 1980 y 1990.

universales de verdad, objetividad y compromiso ético. Al no perseguir fines últimos, su compromiso se ciñe a la reescritura de las mutaciones de los procesos por los que se interesa.

Los trabajos de Germán J. Pérez –algunos de ellos escritos junto a Ana Natalucci– sobre la movilización social y política durante la década de 2000 se inscriben en esta perspectiva. Pérez (2010) propuso un «giro pragmático» para definir la institucionalización de los movimientos sociales en las democracias de América Latina, atento a la coyuntura regional que dio testimonio del fortalecimiento de los resortes participativos por sobre los representativos del andamiaje liberal de la democracia. Sugirió abandonar las corrientes principales consignadas más arriba, que conciben la institucionalización como una integración estratégica al sistema político (la perspectiva anglosajona), o como una cancelación del componente radical y alternativo al sistema (la perspectiva europea de los nuevos movimientos sociales), y pensar, en su lugar, la institucionalización de las formas de movilización en relación con los vínculos y efectos que producen en el régimen político de gobierno. Esto es, qué vínculos y efectos provoca en las formas de participación de los grupos sociales, en los mecanismos de representación del régimen, y en los dispositivos de legitimación que constituyen una comunidad política (Pérez, 2010: 443). La coyuntura latinoamericana de los años 2000 daba cuenta de varias experiencias en las que la afirmación de los movimientos sociales en la arena política le planteaba nuevos desafíos a la democracia y, en no pocas situaciones, tales desafíos respondían a las tensiones entre movimientos y gobiernos progresistas por las formas en que podía institucionalizarse la incorporación de sectores políticamente excluidos. “Pensar esta institucionalidad que insinuamos –plantea Pérez– requiere superar una concepción de la institución política como mera cooptación/integración estatal de la movilización social hacia un concepto pragmático de institución, definida como reglas de distribución y legitimación de recursos de autoridad y asignación que promuevan la articulación de intereses y la conmensuración de identidades” (Pérez, 2010: 444). Siguiendo a Anthony Giddens (1995: 69) en este aspecto, Pérez se aproxima a esta nueva institucionalidad tratando de pensar el vínculo entre actores sociales y régimen político de un modo que no resulte exclusivamente estatista. Procura así evitar el corsé anglosajón y europeísta que restringe el análisis sobre aquel vínculo al entramado de las burocracias estatales antes que a explorar su proyección como nuevas formas de regulación democráticas.

No casualmente, en trabajos posteriores, el autor se interesó por los avatares de la inscripción política de las organizaciones piqueteras durante los años kirchneristas, en particular por los de aquellas que

abrevaban en la tradición nacional-popular y cuya integración a la coalición de estos gobiernos restableció las inquietudes teóricas de otro tiempo en torno al carácter heterónimo de los procesos de movilización política de América Latina durante el siglo XX¹². El interés de Pérez por el vínculo de estas organizaciones con el gobierno de Kirchner y sus efectos sobre el régimen político respondía al hecho que la incorporación de estas agrupaciones alteró la identidad del universo piquetero y el desenvolvimiento estatal frente a la resolución de la exclusión social. Es decir, de un lado, la integración de estos grupos fue constitutiva de lo que luego se identificaría como kirchnerismo y su abandono de la denominación piquetera por la de agrupaciones sociales o kirchneristas; del otro, la integración mostró el costado más estatista del armado kirchnerista en la medida que su gramática política movimentista recortó bastante el despliegue democratizador de la movilización piquetera de comienzos de la década de 2000. El eclipse organizativo y político de las organizaciones que alentaron las gramáticas autonomista y clasista frente al protagonismo organizativo y político de las movimentistas daba el marco preciso a una movilización política de baja institucionalización de los actores movilizadas.

Para explorar las características contemporáneas de una movilización tal, Pérez recuperó la obra de Germani en su etapa final de los años 70, que es cuando el sociólogo ítalo-argentino replantea su teoría del cambio social poniendo en el centro de su red conceptual la categoría de movilización política¹³. Inspirado en esta perspectiva, Pérez sostiene:

Toda movilización política –aquellas en las que se producen dislocaciones y no una mera circulación dentro de la estructura social establecida– abre el campo a un juego de articulaciones entre las tradiciones políticas nacionales, los dispositivos institucionales, los repertorios de acción colectiva y las formas de liderazgo. Del estudio

¹² Recordemos que el universo piquetero nunca fue homogéneo y que diferentes tradiciones ideológicas y modalidades de intervención política influyeron en la difusión de los reclamos y la administración de las conquistas de estas organizaciones. De allí que la clasificación pionera de las vertientes sindical, partidaria y territorial-autonomista (Svampa y Pereyra, 2003) haya sido reescrita según los principios de tres gramáticas políticas: autonomista, clasista y movimentista (Pérez y Natalucci, 2012b).

¹³ Según Germani, este tipo de movilización refiere a una dislocación producida por el exceso o el defecto en la participación esperada o tolerada por el sistema social vigente (Pérez, 2013: 109).

de estas articulaciones o ‘correspondencias’, en el contexto socioestructural donde se produce la dislocación, resultarán las evaluaciones acerca de las transformaciones progresivas o regresivas del régimen democrático en cada situación nacional específica (Pérez, 2013: 110).

Siguiendo esa línea puede leerse, entonces, que el experimento kirchnerista alteró el desenvolvimiento disruptivo –el *ethos militante* de 2001 ya evocado- de los actores movilizados reinscribiendo en una gramática movimentista el cúmulo de reglas y valores de la tradición nacional-popular que el peronismo menemista había eclipsado con notable eficacia. En su evaluación de este proceso, señala las limitaciones del kirchnerismo para renovar los pilares de una institucionalidad política acorde a las exigencias desatadas en 2001-2002, dada su inclinación por circunscribir a la esfera estatal el centro de gravedad de la política nacional y por su dificultad para comprender la complejidad y las nuevas formas de reflexividad política de las clases trabajadoras, que requerían unas transformaciones institucionales que, al fin, el gobierno no pudo o no supo concretar. Como contrapartida, advierte la conformación de una esfera pública no estatal que reclama un espacio diferente al de las lógicas corporativas y utilitaristas activadas por el mercado y el Estado, y que cobran expresión en los movimientos socioambientales, las experiencias sindicales alternativas, los colectivos culturales y demás emprendimientos autogestionarios. De su desenvolvimiento puede entreverse un “despliegue pluralista del sujeto popular” que puja por la multiplicación y articulación de luchas antes que por la incorporación al aparato del Estado (Pérez, 2013: 114).

En suma, entre la opacidad de las organizaciones piqueteras/sociales en los intersticios de la burocracia estatal y la maquinaria electoral del partido de gobierno y el desenvolvimiento periférico de otros actores que tramitan sus vínculos con el Estado en forma más indirecta y con efectos bastante menos rimbombantes en el régimen político se pueden entrever, para nuestro autor, las expectativas no cumplidas del período poscrisis 2001. Precisamente, no contar aún con una teoría de la institución política que promueva la reflexión entre movilización y transformación de los pilares básicos del régimen (representación, participación y legitimidad) deja abierta la expectativa por fortalecer la mirada sobre estos problemas desde una perspectiva del pragmatismo institucionalista.

El autonomismo sistémico

En esta perspectiva, la comprensión de los fenómenos políticos no está escindida de la construcción alternativa al proyecto que impugna. Su punto de partida es el cuestionamiento global sobre los mecanismos de representación de las liberal-democracias y los dispositivos de autoridad institucional regulados por el Estado. En contrapartida, fomenta los mecanismos deliberativos para la toma de decisiones colectivas y alienta la construcción política de pequeños grupos sujetos a la base social que los funda.

Esa impronta está presente en las reflexiones de Maristella Svampa. Su perspectiva parte del supuesto que el cambio de época que atravesamos exige una lucha tanto social y política como teórica y epistemológica. Para abordar los procesos de descomposición y recomposición desenvueltos en América Latina en estos años, debemos encarar, por un lado, la renovación de un “paradigma comprensivo” que recupere el vínculo entre agencia y estructura, y por el otro, la renovación del rol del investigador que contrarreste el escepticismo político y la profesionalización de las ciencias sociales. Ése es el punto más importante para la autora, pues sostiene que es necesario “construir un nuevo modelo académico alternativo al hegemónico” (Svampa, 2008: 27)¹⁴. Su apuesta fue la del *intelectual anfibio*, que vincula saber académico y compromiso militante, y se caracteriza por la posibilidad de “(...) poner en juego y en discusión los propios saberes y competencias, reafirmando su lugar en tanto intelectual investigador crítico” (Svampa, 2008: 31). Se trata de una hipótesis tendiente a potenciar el costado crítico del intelectual, tanto cuando desarrolla su *habitus* académico como cuando se sumerge en determinadas luchas, con la expectativa de que su compromiso intelectual contribuya a la construcción de alternativas políticas. El horizonte de la figura del intelectual anfibio se proyecta en las luchas de los movimientos sociales de la región que disputan la consolidación de un modelo extractivo-exportador contra el telón de fondo de las luchas sociales inauguradas en los noventa para confrontar al neoliberalismo. El sustrato crítico de esa perspectiva asume un sentido normativo sobre el modo en que debe

¹⁴ Señala Svampa que las dos figuras típicas de este modelo hegemónico son el *intelectual como intérprete* y el *intelectual ironista*. En tanto que el *intelectual intérprete* aparece como un experto que comunica saberes, esto es, un traductor sofisticado de la experiencia de los actores, que culmina en una posición fatalista (en los períodos de descomposición) o en una posición celebratoria (en los períodos de recomposición), el *intelectual ironista* adopta una posición destituyente en la medida que su escepticismo político rechaza toda intervención política y cancela la articulación entre saber académico y compromiso militante (Svampa, 2008: 27-8).

transformarse un estado de cosas, considerado perjudicial, y mediante qué nuevas pautas de conducta social y política.

Una primera exploración de Svampa sobre la posición reflexiva-militante del intelectual fue a instancias del giro regional a la izquierda en los años 2000 de los gobiernos populares que integraron a los movimientos que habían confrontado al neoliberalismo planteando pautas innovadoras de movilización política. Pero, rápidamente, se orientó hacia las consecuencias no reconocidas del modelo extractivo sobre el que esos gobiernos habían encarado la recuperación económica y social de sus países¹⁵. A partir de entonces, sus reflexiones acerca del vínculo entre procesos estructurales y movimientos sociales mostraron un desplazamiento empírico y teórico sustantivo dado que, por un lado, se han corrido del plano nacional al análisis de los efectos de las lógicas del capital internacional (los países centrales, las corporaciones privadas internacionales, los organismos multilaterales reguladores de las relaciones comerciales) en América Latina; por el otro, plantean nuevas categorías de análisis para un tipo de intervención intelectual y política crítica que resiste las transformaciones en curso y postula un nuevo tipo de sociedad. Precisamente, la hipótesis intelectual y política de esta nueva fase de su trabajo académico es que lo que está en riesgo no es sólo un conjunto de relaciones sociales que alcanzan al Estado o al capitalismo, sino que está en riesgo la relación social con la naturaleza. De allí que las discusiones clásicas de la sociología política contemporánea sobre el mundo del trabajo y sus organizaciones en el capitalismo de la sociedad posindustrial quedan subsumidas a este plano más general y comprensivo de un cambio estructural que desata la reprimarización de la economía capitalista de este siglo en la región.

Esto, que aparece esbozado en varios capítulos de su libro *Cambio de época* (2008)¹⁶, adquiere plena centralidad en *Maldesarrollo...* (2014), la obra coescrita junto a Enrique Viale. Allí se afirma que la importancia teórica y política del pensamiento crítico en América Latina responde a la hondura de sus conflictos sociales y políticos para procesar la dinámica de acumulación del capital en la periferia (Svampa y Viale, 2014: 353). Para los autores, esa dinámica

¹⁵ Los artículos compilados en su libro *Cambio de época* dan cuenta de ese viraje, pues reúne un conjunto de reflexiones que parten de la recomposición argentina durante el primer gobierno kirchnerista y se proyecta al conjunto de la región.

¹⁶ Se trata de los capítulos 1 (“Reflexiones sobre la sociología crítica en América Latina y el compromiso intelectual”), 3 (“Movimientos sociales y nuevo escenario regional. Las inflexiones del paradigma neoliberal en América Latina”) y 4 (“La disputa por el desarrollo: territorios y lenguajes de valoración”).

en este siglo estará marcada por el daño irreversible al ecosistema y las amenazas a la naturaleza y a las condiciones de reproducción de la vida que provocan los megaproyectos extractivos, agrarios de monocultivo y de infraestructura. Su banco de pruebas se recorta sobre el estudio de los distintos escenarios de la conflictividad social surgidos en la Argentina de los primeros lustros de este siglo: la expansión de la frontera sojera y la afirmación de los agronegocios; la megaminería a cielo abierto; la explotación de hidrocarburos no convencionales a través de la técnica del fracking; y la demanda de tierra y vivienda frente al acaparamiento privado para su especulación inmobiliaria. Todos ellos han quedado al descubierto por una resistencia colectiva que se valió del renovado repertorio de la beligerancia popular en el país y la región (acción directa, formas de democracia directa y demanda de autonomía) para preservar el territorio, la tierra o la naturaleza (según los casos).

El análisis crítico que proponen se nutre de categorías como Consenso de los Commodities, extractivismo, y modelos de maldesarrollo. Brevemente, si la valorización financiera caracterizó al Consenso de Washington instalado en la región a fines del siglo XX, la exportación de bienes primarios a gran escala (hidrocarburos, metales y minerales, granos y biocombustibles) caracteriza al *Consenso de los Commodities*. Esto acentúa la reprimarización de la economía, la consolidación de procesos de desposesión encabezados por grandes corporaciones que concentran tierras y recursos y reciben de los gobiernos de la región el apoyo para instalar estos megaemprendimientos de escasa diversificación económica. Son modelos de desarrollo no sustentable que provocan nuevos tipos de desigualdades (sociales, étnicas y de género) y que se imponen a menudo desplazando libertades y derechos humanos. De allí que sus consecuencias sobrepasen la frontera ambiental, estrictamente, o de violación de los derechos colectivos de tercera generación (aquellos con incidencia colectiva, como el derecho a un ambiente sano) (Svampa y Viale, 2014: 28).

La apuesta por los «conceptos críticos» y «conceptos horizontes» busca generar “alternativas emancipatorias” (Svampa y Viale, 2014: 356), como la del “Grupo Permanente de Alternativas al Desarrollo”, que participa en luchas subalternas junto a organizaciones y movimientos sociales contestatarios de alcance global¹⁷. Uno y otro

¹⁷ Los autores, que integran este Grupo junto a otros referentes de América Latina, sostienen al respecto: “Desde nuestra perspectiva, no hay pensamiento crítico sin independencia de las diferentes formas de poder –político, económico, mediático– y sin vínculo con los procesos de movilización de los

tipo de conceptos habilitan a pensar otro tipo de sociedad, que recupere la promesa autonomista de una comunidad política. Señalan, al respecto:

Existe una perspectiva ambiental integral, con énfasis en el buen vivir; una perspectiva indigenista, de corte comunitario; una perspectiva ecofeminista, que pone énfasis en la ética del cuidado y la despatriarcalización; una perspectiva ecoterritorial, vinculada a los movimientos sociales, que han ido elaborando una gramática política, con eje en las nociones de justicia ambiental, bienes comunes, territorialidad, soberanía alimentaria y buen vivir. Recientemente, ha comenzado a discutirse también en este marco la noción de derechos de la naturaleza, que fuera incorporada en la Constitución ecuatoriana (Svampa y Viale, 2014: 356; las itálicas son del original).

Es sobre todo a partir de estos conceptos que podemos leer las reflexiones de Svampa en clave de un autonomismo sistémico, concebidos con otra racionalidad y orientados a modelar una sociedad distinta en su vinculación con el ambiente. Señalemos a título ilustrativo tres de ellos. Primero, el de «buen vivir», que es un concepto emancipatorio afirmado en una raíz comunitaria y ecologista que proclama nuevas formas de relación social a través del pasaje de un paradigma antropocéntrico a otro de carácter sociobiocéntrico. Cuestiona al capitalismo, que aceleró la separación de los seres humanos con la naturaleza, y adopta una postura biocéntrica apoyada en una ética que le asigna valores intrínsecos en el entorno. Entre las consecuencias que se desprenden de esto figuran: 1) la naturaleza como sujeto de derecho implica necesariamente su desmercantilización; 2) los derechos de la naturaleza le reconocen valores intrínsecos, al margen de la valoración humana; 3) adoptar una relación de igualdad entre naturaleza y seres humanos; 4) la adopción de la justicia ecológica como herramienta de recomposición ambiental, al margen de su costo económico. Segundo, el de la defensa de los «bienes comunes», que postula mantenerlos fuera del mercado (por tratarse de bienes y recursos que son patrimonio natural, social y cultural) para promover un ethos procomunal basado en formas de cooperación social, de uso y de goce común. Tercero, el de la «ética del cuidado», asociado al rol central de

sectores subalternos, sus demandas de cambio social, sus lenguajes movilizacionales y sus gramáticas políticas” (Svampa y Viale, 2014: 356).

las mujeres en las luchas populares de América Latina y a la emergencia de un feminismo popular para analizar las luchas contra el patriarcado y la propuesta de despatriarcalización, así como para profundizar las temáticas oportunamente inscriptas por el feminismo liberal sobre la tierra, el territorio, el cuerpo y sus representaciones. De allí la propuesta de una teoría ecofeminista, que enfrente la crisis ecológica entendida como crisis social de carácter antropológico y que adopte una mirada liberadora de la ecología, crítica de la división jerárquica entre naturaleza humana y no humana.

Para quienes no comulgan con este tipo de proyectos políticos y académicos, resulta lejano el horizonte en donde se emplaza la sociedad que delinean estos conceptos. No obstante, el ideal normativo sobre el que se erigen se nutre de las experiencias de resistencia popular que les han dado vida. En consecuencia, las intrigas que pueden causar entre quienes no participan en ellos respecto de sus posibilidades de realización y alcance no parecen amilanar a los cultores de esta perspectiva intelectual y política.

Palabras finales

Este trabajo ofrece una lectura sobre el modo en que las ciencias sociales investigaron la relación entre movimientos sociales y gobiernos kirchneristas. Trazó, primero, el mapa temático y conceptual con que estas ciencias leyeron ese vínculo; y planteó, luego, dos de las perspectivas teóricas más sugerentes para analizar el tema propuesto. Sobre este último punto, quisiera hacer una última y breve mención.

Las perspectivas del *pragmatismo institucionalista* y del *autonomismo sistémico* brindan lecturas diferentes del fenómeno porque una lo hace desde el régimen político de gobierno y la otra lo hace contra el régimen. La primera piensa en las transformaciones de la movilización política durante el período y piensa toda movilización política a partir de las formas de institucionalización de la relación entre actores movilizados y régimen político. En la Argentina post 2001, ese interrogante acompañó básicamente la descomposición del mundo del trabajo estructurado tras la segunda posguerra. Como la novedad de ese proceso fue la resistencia a la descolectivización por quienes eran expulsados —la emergencia del desocupado como actor político mediante la conformación del universo piquetero— el problema insoslayable de cualquier gobierno que surgiera de los comicios de 2003 era reincorporar a los desocupados. Las tradiciones nacional-populares del endeble armado que llevó a Kirchner a la presidencia de la Nación le permitieron maniobrar a ese conglomerado de organizaciones de desocupados en clave populista (una movilización

dirigida desde arriba). En consecuencia, la fisonomía de la movilización política encarada por el kirchenismo quedó definida por este problema (la descomposición del trabajo asalariado), por la afirmación de un actor colectivo que lo canalizaba (el desocupado/piquetero) y por la solución política e institucional impulsada desde el Estado (la institucionalización piquetera). Ese es el universo que analiza Pérez desde la perspectiva del pragmatismo institucionalista y problematiza desde allí los límites de la movilización liderada por el kirchnerismo, ceñida por un lado a sindicatos y organizaciones piqueteras/sociales, y por el otro a una movilización cada vez más dirigida desde arriba y con crecientes dificultades para agregar intereses y articular identidades en una sociedad muy fragmentada. Es precisamente ese aspecto el que señala el autor como principal limitación de una movilización política ambiciosa pero que, sin embargo, no captura el espíritu democrático que ha pervivido en otras experiencias, incluso ligadas a ese mundo del trabajo que pareciera haber monopolizado el kirchnerismo.

En cambio, el despliegue crítico del autonomismo sistémico persigue la realización misma de esa promesa autonomista, y en esa búsqueda erige su resistencia contrahegemónica. Los análisis provistos por esta perspectiva se centraron en los modelos de desarrollo extractivo. La mención ya evocada de Svampa sobre los “años extraordinarios” como un paréntesis dentro del cual la corriente autonomista también hizo su aporte a la irrupción de una movilización en busca de un destino colectivo alternativo al que había colapsado en 2001 y explicita las restricciones al potencial de la participación piquetera por el gobierno de Kirchner (dado que las asambleas barriales y el entramado de las fábricas recuperadas agotaron su movilización por otras razones, acaso alejadas del talante autonomista). Como la integración/asimilación piquetera que promovía Kirchner cancelaba las posibilidades de una recolectivización contrahegemónica y que dicha operación resultaba insoslayable para la restauración del orden democrático, el giro de esta perspectiva hacia las luchas locales en contra de las iniciativas de la acumulación capitalista extractiva abrieron un nuevo camino de querellas académicas y alternativas políticas sobre proyectos de asociación estatal-privada con efectos a largo plazo. Señalan un camino a recorrer en la historia por venir de los movimientos sociales y las experiencias de organización colectiva popular, en las que por cierto los debates en torno al trabajo quedan subsumidos a estas luchas, en un punto, ligadas al nuevo despliegue entre macroprocesos estructurales y movimientos sociales.

Desde que se cerró el ciclo de gobiernos kirchneristas hasta ahora ha pasado ya casi un lustro. El kirchnerismo forma parte nuevamente del gobierno elegido en 2019, en el marco de una coalición peronista más amplia que aquella que lideró en el período aquí estudiado. No lidera al conjunto del sindicalismo y de los movimientos sociales, pero convergen dentro de esa coalición peronista y afrontan (una vez más) el desafío de la movilización política de los formales e informales. La brecha entre incluidos y excluidos no se ha estrechado sino todo lo contrario, y parecer ser ésa la marca del capitalismo globalizado en la estructura social de las economías periféricas como la argentina. De allí que las perspectivas aquí reseñadas conservan su vigencia, sobre todo porque el dilema político-económico de países periféricos como los de América Latina radicarán en gran medida –y en particular tras la pandemia del COVID-19– en sortear entre una estrategia de crecimiento extractivo-exportador o una estrategia de crecimiento que preserve el ambiente. Esto no quiere decir que la perspectiva del autonomismo sistémico haya ganado la querrela aquí planteada, pero sí señala un foco de la movilización popular que, progresivamente, interpelará en términos de movilización política¹⁸. Pero, quizás, para ambas perspectivas, el mayor desafío a pensar en adelante sea el de otro problema que se instaló con fuerza en la movilización social en estos años: la violencia contra las mujeres y, en torno a ella, la disputa por el género.

Colocando en un plano más general estas cuestiones, y considerando el posicionamiento político de los actores movilizadas durante los años de gobierno de la alianza de centroderecha Cambiemos, si algo muestra el ciclo iniciado con la crisis de 2001 y el realineamiento posterior en el marco de los gobiernos kirchneristas es el fortalecimiento de las prácticas de deliberación, representación, participación y decisión colectivas desplegadas por diversos grupos y actores. Prueba de ello es la apuesta de esos grupos por presionar mediante la movilización social procesos de movilización política en una sociedad democrática plural, es decir, compleja y conflictiva.

Referencias

Anigstein, Cecilia (2015): “La configuración del sindicalismo neodesarrollista empresarial. Alianzas y disputas en el ciclo kirchnerista”, Tesis para obtener el título de Doctor en Ciencias Sociales, IDES-UNGS.

¹⁸ En paralelo al cierre de este texto, Svampa y Viale publicaron *El colapso ecológico ya llegó. Una brújula para salir del (mal)desarrollo*, que refuerza las hipótesis de su texto anterior y, como su título plantea, marca la urgencia de un cambio de rumbo en la economía política de nuestros países.

- Annunziata, Rocío y Tomás Gold (2015): “Manifestaciones ciudadanas en la era digital. El ciclo de cacerolazos (2012-2013) y la movilización #NiUnaMenos” (2015) en Argentina” *Desarrollo Económico*, vol. 57, N° 223, 2018 (pp. 363-387).
- Armellino, Martín (2008): “Tensiones entre organización sindical y organización territorial: la experiencia de la CTA y la FTV en el período poscrisis”, Sebastián Pereyra, Germán Pérez y Federico Schuster (eds.), *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*, Al Margen, La Plata.
- Auyero, Javier (2002): “Los cambios en el repertorio de la protesta social en la Argentina” *Desarrollo Económico*, vol. 42, N° 166, 2002 (pp. 187-210).
- Cortés, Martín (2010): “Movimientos sociales y Estado en el ‘kirchnerismo’. Tradición, autonomía y conflicto”, en Astor Massetti, Ernesto Villanueva y Marcelo Gómez (comps.), *Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del bicentenario*, Nueva Trilce, Buenos Aires.
- Da Silva, M. Laura (2012): “Cooptados por las ideas. El Frente Transversal Nacional y Popular (2003-2011)”, en Germán J. Pérez y Ana Natalucci (eds.), *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*, Nueva Trilce, Buenos Aires.
- Delamata, Gabriela (2009): “¿La ciudadanía poblana? El movimiento asambleario de Gualaguaychú: la construcción y el reclamo de un derecho colectivo”, en G. Delamata (comp.), *Movilizaciones sociales: ¿nuevas ciudadanías? Reclamos, derechos, Estado en Argentina, Bolivia y Brasil*, Biblos, Buenos Aires.
- Delamata, Gabriela (2013): “Actualizando el derecho al ambiente. Movilización social, activismo legal y derecho constitucional al ambiente de «sustentabilidad fuerte» en el sector extractivista megaminero”, en *Entramados y perspectivas. Revista de la Carrera de Sociología*, Vol. 3, N° 3.
- Di Marco, Graciela (2011): *El pueblo feminista: movimientos sociales y lucha de las mujeres en torno a la ciudadanía*, Biblos, Buenos Aires.
- Etchemendy, Sebastián (2013): “La ‘doble alianza’ gobierno-sindicatos en el kirchnerismo (2003-2012): orígenes, evidencia y perspectivas”, en Carlos H. Acuña (comp.) *¿Cuánto importan las instituciones? Gobierno, Estado y actores en la política argentina, Siglo XXI*, Buenos Aires.
- Etchemendy, Sebastián y Ruth Berins Collier (2008): “Golpeados pero de pie. Resurgimiento sindical y neocorporativismo segmentado en Argentina (2003-2007)”, *PostData* N° 13.
- Fornillo, Bruno (2008): “Derivas de la matriz nacional-popular: el pasaje de la movilización a la estatización del Movimiento Barrios de Pie durante la presidencia de Néstor Kirchner (2001-2007)”, en Sebastián Pereyra, Germán Pérez y Federico Schuster (eds.), *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*, Al Margen, La Plata.
- Germani, Gino (2003): *Autoritarismo, Fascismo y populismo nacional*, Temas, Buenos Aires.

- Giddens, Anthony (1995): *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Gómez, Marcelo (2010): "Acerca del protagonismo político y la participación estatal de los movimientos sociales populares: falacias, alucinaciones y cegueras del paradigma normal de análisis", en Astor Massetti, Ernesto Villanueva y Marcelo Gómez (comps.), *Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del bicentenario*, Nueva Trilce, Buenos Aires.
- Longa, Francisco (2019): *Historia del Movimiento Evita. La organización social que entró al Estado sin abandonar la calle, Siglo XXI*, Buenos Aires.
- Martuccelli, Danilo, y Maristella Svampa (1997): *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Losada, Buenos Aires.
- McAdam, D., J. McCarthy y M. N. Zald (comps.) [2001]: *Movimientos Sociales: perspectivas comparadas*, Istmo, Madrid.
- Merklen, Denis (2005): *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Gorla, Buenos Aires.
- Muñoz, María Antonia y Lidia Villar (2017): "Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP en la CGT). Entre la organización sindical y el conflicto político-social (Argentina 2011-2017)", *Crítica y Resistencias*, 5 (pp. 22-52).
- Natalucci, Ana (2008): "De los barrios a la plaza. Desplazamientos en la trayectoria del Movimiento Evita" Sebastián Pereyra, Germán Pérez y Federico Schuster (eds.), *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*, Al Margen, La Plata.
- Natalucci, Ana (2012a): "Los movimentistas. Expectativas y desafíos del Movimiento Evita en el espacio kirchnerista (2003-2010)", en Germán J. Pérez y Ana Natalucci (eds.), *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*, Nueva Trilce, Buenos Aires.
- Natalucci, Ana (2012b): "Los dilemas políticos de los movimientos sociales: El caso de las organizaciones kirchneristas (2001-2010)", Instituto de Iberoamérica, Universidad de Salamanca, Salamanca.
- Natalucci, Ana (2014): "La recreación de la gramática movimentista de acción colectiva: movimientos sociales y nuevas institucionalidades", en Pablo Forni y Luciana Castronuovo (comps.), *Ni punteros ni piqueteros. Organizaciones populares durante el kirchnerismo*, Editorial de la Universidad de La Plata, La Plata.
- Natalucci, Ana (2017) "El sindicalismo peronista durante el kirchnerismo (2003-2015)" en AA.VV. *¿Existe la clase obrera?*, Le Monde Diplomatique, Capital Intelectual, Buenos Aires (pp. 63-124).
- Pagliarone, M. Florencia (2012): "Piqueteros y funcionarios. Transformaciones de la FTV en el kirchnerismo", en Germán J. Pérez y Ana Natalucci (eds.), *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*, Nueva Trilce, Buenos Aires.
- Perelmiter, Luisina (2012): "Fronteras inestables y eficaces. El ingreso de organizaciones de desocupados a la burocracia asistencial del Estado.

- Argentina (2003-2008)”, *Estudios Sociológicos*, Vol. 30, No. 89 (mayo-agosto), (pp. 431-458).
- Pereyra, Luisina (2016): *Burocracia Plebeya. La trastienda de la asistencia social en el Estado argentino*, UNSAM.
- Pereyra, Sebastián, Germán J. Pérez y Federico Schuster (eds.) (2008), *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*, Al Margen, La Plata.
- Pérez, Germán J. (2007): “Participación, cambio social y régimen político. Apuntes sobre dos ciclos de movilización”, en Eduardo Rinesi, Gabriel Nardacchione y Gabriel Vommaro (eds.), *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*, Prometeo, Buenos Aires.
- Pérez, Germán J. (2010): “El malestar en el concepto. Ejes de un debate teórico acerca de los movimientos sociales en Latinoamérica”, en Astor Massetti, Ernesto Villanueva y Marcelo Gómez (comps.), *Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del bicentenario*, Nueva Trilce, Buenos Aires.
- Pérez, Germán J. (2013): “El quilombo y la huella. Dimensiones sociopolíticas del disloque”, en Sebastián Pereyra, Gabriel Vommaro y Germán J. Pérez (eds.), *La grieta. Política, economía y cultura después de 2001*, Biblos, Buenos Aires.
- Pérez, Germán J. y Ana Natalucci (2010): “La matriz movimentista de la acción colectiva en la Argentina. La experiencia del espacio militante kirchnerista”, *América Latina Hoy*, Vol. 54, Universidad de Salamanca.
- Pérez, Germán J. y Ana Natalucci (eds.) (2012a): *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*, Nueva Trilce, Buenos Aires.
- Pérez, Germán J. y Ana Natalucci (2012b) “Introducción: el kirchnerismo como problema sociológico”, en *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*, Nueva Trilce, Buenos Aires.
- Pérez, Germán J., Martín Armelino y Federico Rossi (2003): “¿Autogobierno o Representación? La experiencia de las asambleas en la Argentina”, *Revista de Ciencias Sociales*, N° 14 – Universidad Nacional de Quilmes, agosto (pp. 175-205).
- Repetto, Fabián (2013): “Políticas sociales: una mirada político-institucional a sus reformas, desafíos e impactos”, en Carlos H. Acuña (comp.), *El Estado en acción. Fortalezas y debilidades de las políticas sociales en la Argentina, Siglo XXI*, Buenos Aires.
- Rocca Rivarola, M. Dolores (2015): “De Néstor y Cristina. De Perón y Evita. Reflexiones sobre lo acontecido con la militancia kirchnerista y la identidad peronista desde 2003 hasta hoy”, *Revista SAAP*, 9 (1) (pp. 143-172).
- Schuttenberg, Mauricio (2012): “La trayectoria política de Libres del Sur 2003-2011. Reconfiguración identitaria, alianza y ruptura con el kirchnerismo”, en Germán J. Pérez y Ana Natalucci (eds.), *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*, Nueva Trilce, Buenos Aires.

- Svampa, Maritstella (2000). “Identidades astilladas. De la patria metalúrgica al heavy metal”, en Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales, en Maritstella Svampa (ed.), Biblos-UNGS, Buenos Aires.
- Svampa, Maritstella (2004). “Addenda”, en Maritstella Svampa y Sebastián Pereyra, Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras, (2ª ed.), Biblos, Buenos Aires.
- Svampa, Maritstella (2005). La Sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo, Taurus, Buenos Aires.
- Svampa, Maritstella (2008). Cambio de época. Movimientos sociales y poder político, Siglo XXI-CLACSO, Buenos Aires.
- Svampa, Maritstella (2015): “La irrupción piquetera. Las organizaciones de desocupados del conurbano bonaerense”, en Gabriel Kessler (dir.), Historia de la provincia de Buenos Aires: el Gran Buenos Aires, Edhasa/UNIPe, Buenos Aires.
- Svampa, Maritstella y Pereyra, Sebastián (2003). Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras, Biblos, Buenos Aires.
- Svampa, Maritstella y Viale, Enrique (2014). Maldesarrollo. La Argentina del extractivismo y el despojo, Katz Editores, Buenos Aires.
- Svampa, Maritstella y Viale (2020) El colapso ecológico ya llegó. Una brújula para salir del (mal)desarrollo, Siglo XXI, Buenos Aires.